

Podemos concluir poniendo de relieve que, a pesar de que muchos artículos ofrecen perspectivas demasiado parciales, el grueso del volumen discute con acierto los problemas teóricos que presenta el tema del pluralismo religioso teniendo en todo momento como interlocutor a J. Hick. En este aspecto teórico es un libro sugerente que ayuda a comprender el problema y puede servir de introducción a quienes estén interesados en él.

F. Conesa

Michael C. BANNER, *The Justification of Science and the Rationality of Religious Belief*, Clarendon Press, Oxford 1990, X+196 pp., 14 x 22.

M. C. Banner, joven filósofo británico, presenta en este libro el resultado de las investigaciones que realizó en la Universidad de Oxford sobre la justificación de la ciencia y de la fe bajo la guía de autores tan prestigiosos como B. Mitchell y W. H. Newton-Smith. El propósito del autor —confesado desde el inicio del libro— es romper la falsa dicotomía entre la ciencia como conocimiento riguroso y seguro y la fe como algo supersticioso y acientífico. La tesis central de Banner es que los mismos argumentos que justifican la ciencia, sirven para justificar la fe religiosa.

Para sostener esta tesis, Banner ha de proponer en primer lugar un modelo de ciencia no positivista. Esto es lo que intenta en los primeros capítulos del libro recurriendo a la filosofía de la ciencia de T. S. Kuhn y sosteniendo, en la línea de Newton-Smith, lo que denomina un «realismo racional» en la consideración de la ciencia.

El segundo paso que Banner ha de dar es mostrar que es posible aplicar este modelo de ciencia a la religión. Para

ello comienza realizando una fuerte y muy acertada crítica a las posiciones emotivistas de D. Z. Phillips y algunos filósofos neowittgenstenianos, que no reconocen un carácter explicativo a la fe. Posteriormente intenta mostrar que la consideración de la fe como hipótesis explicativa no es incompatible con el asentimiento incondicional que el creyente presta a la fe. Este es el punto más discutible de Banner. La estrategia de Banner para responder a esta dificultad es sostener que no todo asentimiento hipotético ha de ser tentativo. Es cierto que ésta es la concepción de las hipótesis difundida por Popper pero autores como Kuhn o Lakatos, dice el autor, han mostrado que la concepción de Popper está equivocada en este punto y es demasiado simplista en su visión de la relación entre teoría y mundo. La refutación es algo mucho más complicado de lo que piensa Popper. Una simple anomalía no es una falsificación de una teoría, sino indicación de que las condiciones iniciales han de ser revisadas. Existe una gran complejidad en la relación entre teoría y ciencia.

Por otra parte, Banner —siguiendo la tradición del protestantismo liberal— dice que la fe no exige que se otorgue a las creencias religiosas una adhesión terminante, un asentimiento incondicional. La incondicionalidad que la fe exige se refiere sólo a la confianza en Dios y a la realización de las acciones propias de quien cree en Dios.

El punto más débil de la posición de Banner es este último. Es cierto que, frente a los emotivismos, hay que sostener que la fe tiene un carácter explicativo, y la argumentación de Banner en este punto es impecable. Pero no puede sostenerse que la fe tenga un carácter hipotético. El asentimiento de fe es incondicional, asentimiento que proviene de la certeza de la relación personal del creyente con Dios. En el fondo, el pro-

blema de Banner es que ha querido aplicar el modelo de conocimiento de la ciencia positiva a la fe, llevando a cabo tácitamente de este modo una reducción de todo conocimiento al científico. La fe es ciertamente conocimiento, pero distinto del conocimiento propio de las ciencias positivas.

F. Conesa

A. PHILLIPS GRIFFITHS (ed.), *Wittgenstein Centenary Essays*, Cambridge University Press, Cambridge 1991, VI + 262 pp., 16 x 23.

Se recogen en este libro los diversos ensayos presentados en las reuniones que, durante el curso 1989-1990, organizó en Londres el «Royal Institute of Philosophy» de la Universidad de Cambridge. El motivo de estas reuniones anuales fue, en esta ocasión, la celebración del centenario del nacimiento de L. Wittgenstein (1889-1951).

El propósito de estas conferencias fue ante todo reflexionar en el valor e influencia de Wittgenstein tanto en la filosofía como en otros ámbitos del pensamiento. Como señala el editor en el prefacio, parece que es fuera de la filosofía estrictamente considerada donde la influencia de Wittgenstein ha sido más notable, lo cual, por otra parte, no hubiera sorprendido al filósofo.

Merece destacarse el primer ensayo, obra de G. E. M. Anscombe, alumna y reconocida intérprete del pensamiento de Wittgenstein. Con el sugerente título de «Wittgenstein: ¿filósofo de quién?», la profesora Anscombe sostiene que Wittgenstein debe ser considerado un filósofo de filósofos —al estilo de Platón— es decir, «alguien que ve los problemas y cuyos pensamientos principales pueden derivarse de la discusión de esos problemas» (p. 1).

Tras los primeros ensayos, centrados en la influencia de Wittgenstein y su método en la filosofía, conocidos estudiosos del pensamiento de este autor nos presentan su influencia en diversos ámbitos. Así autores de la talla de R. Trigg y P. Winch nos hablan de su influjo en sociología y política, O. Hanfling presenta la influencia en estética y C. Wright se ocupa de la matemática.

Otro importante wittgensteniano, D. Z. Phillips, nos presenta la relevancia de Wittgenstein en el ámbito de la filosofía de la religión. En su artículo parte de la afirmación de Wittgenstein de que la filosofía no interfiere en el uso del lenguaje sino que deja todo como está. Llevando esta afirmación hasta sus últimas consecuencias, Phillips, siguiendo su línea habitual de pensamiento, afirma que la religión es inmune a toda crítica por parte de la filosofía. Esta postura fue calificada con acierto por K. Nielsen como fideísta. Phillips intenta escapar a dicha acusación hablando de que cabe que una forma de religión exprese más las creencias que otra, pero su negativa a aceptar criterios extrínsecos y objetivos, hacen difícilmente evitable el mencionado fideísmo (que, por otra parte, no ha de ser atribuido sin más a Wittgenstein, sino a la interpretación que Phillips hace de su pensamiento).

El libro que presentamos es en cierto modo ambicioso pues el amplio influjo de Wittgenstein en la filosofía y pensamiento del siglo XX impide que pueda ser abarcado y expuesto en su totalidad en un solo volumen. El valor de las contribuciones es, por otra parte, muy distinto en cada uno de los catorce ensayos. Sin embargo, podemos decir que nos encontramos ante un libro fundamental para todo aquel que, desde diversos intereses, pretenda acercarse al pensamiento de este autor.

F. Conesa